

TÍTULO: DISCURSOS Y OMISIONES DE LA PSICOLOGÍA EVOLUTIVA

Autor: Magíster Celia Paladino.

Profesora Titular de la Cátedra de Psicología Evolutiva

Institución: Universidad Nacional de La Plata,

FHCE. Departamento de Ciencias de la Educación.

Fecha Presentación: 2006-09-11

Correo electrónico: celiapaladino@gmail.com.

RESÚMEN

La perspectiva que se adopta desde la Psicología Crítica considera las aportaciones de la psicología del desarrollo como conocimientos construidos en el marco de unas prácticas sociales concretas, más que por ser un área específica de contenido. El punto de partida es que las nociones de niño, de infancia y de familia son construidas, por lo tanto hay que estudiar a los niños y a las niñas y al contexto que los produce, es decir la situación interpersonal, cultural, histórica y política. La psicología del desarrollo que conocemos está vinculada a la cultura que le dio origen, por ello la psicología Discursiva intenta una “deconstrucción” en el sentido de un proceso de crítica, identificando y evaluando los discursos que estructuran las versiones dominantes en la psicología del desarrollo y analizar las sugestivas “omisiones” que la caracterizan.

INTRODUCCIÓN

Respondiendo al carácter histórico de la producción del conocimiento, las investigaciones de la psicología evolutiva, así como los distintos modelos de explicación de los cambios se han orientado de acuerdo a diversas concepciones de la naturaleza humana que se corresponden, a su vez, con los distintos momentos socio-histórico y culturales en los cuales fueron formuladas. Las explicaciones del desarrollo producidas hasta nuestros días reiteran una serie de temas que adoptan distintas versiones paradigmáticas. Las investigaciones se han organizado alrededor de un conjunto recurrente de preocupaciones que representan a la infancia como la *línea evolutiva base*, y la consideran como algo que proporciona una mejor comprensión del desarrollo adulto (Burman, 1994). Se ha abordado el conocimiento psicológico entendido como una capacidad *biológica y natural* que evoluciona de acuerdo a principios biológicos lo cual conduce a la *regulación* del desarrollo. Las explicaciones han institucionalizado la escisión entre emoción y razón representada en la práctica de la división sexual, y, los “datos” (resultados) surgidos de las investigaciones han sido *naturalizados* cuando se aplicaron a las prácticas de crianza, educativas, médicas, psicológicas y asistenciales

La psicología del desarrollo transita en la actualidad una situación de crisis en la que los marcos teóricos tradicionales no permiten integrar todos los datos ni ofrecer explicación a la totalidad de los problemas que plantea el desarrollo contextualizado. A pesar de que cada proyecto aspira a una unidad que pueda abarcar en un sistema coherente todo el saber psicológico, la historia de la disciplina muestra que en ningún período se han logrado acuerdos epistemológicos que sirvan de base para alcanzar esa aspiración. Las primeras formulaciones críticas coincidieron con lo que se conoce como la “crisis de la psicología”, como una reacción a las posiciones reduccionistas que expresan la insuficiencia explicativa de sus hipótesis para dar cuenta de la génesis de los fenómenos psicológicos y de las variables involucradas. Uno de los representantes de esta mirada crítica es el psicólogo español Gordo López (2002) quien reseña que en el escenario de la dominación experimental y positivista en las décadas de los setenta y ochenta, esas voces críticas empezaron a recuperar la noción de subjetividad en sus investigaciones y estudios psicológicos además de cuestionar las nociones individualistas del yo de la psicología dominante. Para ello utilizaron fundamentalmente distintos recursos teóricos y metodológicos provenientes del feminismo, del marxismo, del post-estructuralismo, al igual que de la teoría psicoanalítica.

Sin lugar a dudas, es a partir de las ideas publicadas en el texto *Changing the Subject*, en 1984, de los autores Henriques, Walkerdine, Urwin, Venn, y Hollway, que se inicia una corriente de revisión crítica de los tópicos de estudio de la psicología hegemónica. Su principal objetivo está centrado en comprender la subjetividad reconociendo los efectos del poder sobre la constitución de la misma, destacando que los conocimientos psicológicos tienen una efectividad positiva al estar implicados en la producción de las formas de socialización que se

juzga adecuada en un momento determinado. Enfatizan la necesidad de reformular los supuestos básicos de la psicología dejando de lado las tesis dualistas las que, al priorizar un aspecto subordinando al otro, concluyen en estudiar nociones muy restringidas sobre la psicología y, en consecuencia, sus procedimientos de estudio resultan cuestionables.

Entre los aportes pioneros de mayor relevancia de esta perspectiva en la psicología evolutiva se encuentran los trabajos de Burman (1990), Walkerdine, (1984), Morss, 1990, Parker, (1989), y, Gergen, (1994). Los mismos han dado origen a un movimiento de psicólogos críticos que advierten sobre las consecuencias del discurso único a los fines de comprender y explicar la complejidad del desarrollo humano. Ponen de manifiesto que la psicología evolutiva tradicional en su afán por abarcar las regularidades del curso *normal* del desarrollo lo *naturaliza* e interpreta las diferencias, a menudo, como desviación, déficit o patología con respecto a lo regulado (niños perversos, niñas sometidas, malas madres, padres ausentes, hogares quebrados, etc.). Desde esta línea de pensamiento se argumenta que una mirada histórica y contextualizada permitiría afrontar las tensiones que subyacen a las distintas concepciones y lógicas del desarrollo y formular explicaciones más abarcativas de los cambios psicológicos. En general se observa un amplio acuerdo con respecto a que la posibilidad de alcanzar un conocimiento psicológico sensible a las complejidades y a las circunstancias que rodean a los sujetos requiere del análisis de los marcos históricos y culturales concretos y de los discursos que estructuran su realidad.

En la psicología del desarrollo es axiomática la existencia de una serie de fundamentos empíricamente demostrables para sus pretensiones de verdad acerca del cambio evolutivo. Para la comprensión de lo real del desarrollo no se trata de descubrir una serie de factores empíricos o verdades epistemológicas que estén al margen o sean previas a las condiciones de su producción. Las verdades científicas son inseparables de las condiciones de su surgimiento, desarrollo y transformación como condiciones de necesidad práctica. Las relaciones entre el objeto “material real” y las prácticas de su producción son complejas: nunca existe un momento de “realidad” que sea comprensible o posible fuera de un sistema de prácticas discursivas que lo hagan posible y transformable.

LA PERSPECTIVA CRÍTICA

Para los teóricos de la Psicología Discursiva la definición y demarcación de la infancia están impregnadas de significados sociales y políticos, dado que, en tanto la psicología evolutiva constituye niños y niñas, como objetos de su investigación, también los produce como sujetos en el doble sentido foucauldiano, es decir, como "sujeto a" y "sujeto de" (Foucault, 1985). Por lo tanto, se refieren a la subjetividad como un producto de las dinámicas institucionales y como parte activa y productora de estas interacciones. Afirman que la psicología del desarrollo tradicional está vinculada a la cultura que la “concibió”, por ello proponen el camino de una “deconstrucción” en el sentido de recorrer un proceso de crítica, identificando y evaluando los discursos que estructuran las versiones dominantes en la psicología del desarrollo. Emplean el término “discurso” con referencia a unos sistemas, socialmente organizados, de significados que definen las categorías y especifican los dominios de lo que se puede decir y hacer (Burman, 1994).

Esta corriente de opinión surge a partir de un movimiento crítico dentro de la psicología que adopta como argumento la estructura de la práctica psicológica. Algunos de sus representantes se denominaron psicólogos críticos y estaban interesados en la comprensión y cambio de las estructuras de poder que mantienen los discursos sobre la subjetividad. En tanto otros sólo estaban orientados en desarrollar una descripción más adecuada del lenguaje y del concepto del sí mismo (self). En consecuencia la llamada Psicología radical tiene al menos dos vías de análisis en las que tanto los seguidores de la vertiente fenomenológica y socio-construccionista como los partidarios del enfoque más estructuralista y lingüístico coinciden en sus críticas al discurso analítico de la Psicología, en especial al uso que hacen de las ideas postmodernas y los intentos de definir una Psicología "postmoderna" (Potter y Wetherell, 1987; Parker y Shotter, 1990; Kvale, 1992).

Desde la primera posición cualquier enunciado que tenga pretensión de verdad no es otra cosa que un discurso que habla de la realidad o de la naturaleza. En este enfoque, de corte relativista, se pone el acento en los acuerdos sociales o culturales a los fines de regular lo que

es verdadero en un determinado tiempo o lugar. Los aportes de la psicología evolutiva son calificados como conocimientos contruidos en el marco de unas prácticas sociales concretas, más que por ser un área específica de contenido. El punto de partida es que las nociones de niño y de infancia son construidas: por lo tanto hay que estudiar a los niños y al contexto que los produce, es decir la situación interpersonal, cultural, histórica y política. Lo novedoso de esta perspectiva reside en su interés por centrarse en las familias, en los modos en que los padres y las madres son comprendidos en relación con los hijos y con las hijas. De modo particular analizan las consecuencias que tienen sobre las mujeres los estereotipos culturales de la “buena maternidad” que la psicología evolutiva reproduce (Goodnow y Collins, 1990).

En congruencia con sus hipótesis rechazan la psicología del desarrollo mental donde la mente es vista como un desarrollo objetivo, la noción de mente es considerada de modo constructivo discursivo como un rango de categoría de los participantes y modos de hablar expresadas en descripciones del comportamiento. Se pone el acento en los acuerdos sociales o culturales para determinar lo que es verdadero en un determinado tiempo y lugar. Las tesis principales se centran en un relativismo fuerte que rechaza la ontologización de los fenómenos psicológicos y proponen una construcción epistémica de lo psíquico no ontológica.

Cabe señalar que Burman, coincidiendo con Parker (1998), manifiesta que las cuestiones referidas al "relativismo" y al "realismo" en Psicología operan de manera muy diferente según sea el contexto en el que se plantean, y, por supuesto, no hay nada que marque qué es una posición necesariamente "radical" y qué es una posición "conservadora". La psicología crítica no debería definirse siempre como "relativista" (aunque sea posible tratar todos los objetos de la disciplina como construcciones sociales) o siempre como "realista" (aunque se desee dar una explicación de todas las condiciones sociales subyacentes que dan origen a ciertas ideas en la disciplina) A pesar de que la psicología crítica puede aunar una amplia variedad de perspectivas críticas, ésta no prescribe que una posición epistemológica sea preeminente sobre la otra.

Desde el abordaje del conocimiento se trata de una perspectiva semiológico-hermenéutica, por lo cual las características de verdad implicadas se contradicen con la idea tradicional de verdad entendida como adecuación entre pensamiento y realidad y se impone la idea de una verdad que sólo podría aceptarse como una instancia variante que transcurre y se consolida históricamente. El núcleo duro de este enfoque es la práctica discursiva: las hipótesis que se formulan sobre lo psíquico estarán propuestas al interior de un sistema discursivo que utiliza herramientas lingüísticas de interpretación de ese hecho que construye. Se trata de una construcción acerca del mundo a partir de los contextos de su producción: las explicaciones de la psicología del desarrollo reflejan y se engranan con las prácticas asociadas a ellas.

El análisis del discurso como método y como perspectiva ha tenido gran impacto en la psicología social y ha sido utilizado como crítica a la psicología del desarrollo. El reconocimiento de que los significados sociales están insertos en el lenguaje significa que el lenguaje produce unos significados, al mismo tiempo que los refleja. Aunque el lenguaje crea un significado, éste no es únicamente un escenario lingüístico volátil, sino que también está irreductiblemente unido a unas estructuras materiales y políticas. El mismo concepto de discurso va más allá de la idea de lenguaje, puesto que no es se reduce a lo meramente lingüístico (Burman, 1994, Walkerdine, 1995)

DISCURSOS Y OMISIONES

El movimiento crítico demuestra que en la psicología evolutiva moderna las investigaciones se han caracterizado por varias omisiones y por el generalizado y reiterado sometimiento de las mujeres a través de los “discursos” científicos. A modo de ejemplo: la definición y la regulación de lo que representa una maternidad buena y sensible han estructurado el discurso que culpabiliza a las madres atribuyendo el origen de los problemas adultos a una inadecuada maternidad en los primeros años de vida. El papel de las madres es representado como tan central para el desarrollo de los hijos que las necesidades de ellas deben ceñirse a las de sus hijos a los fines de evitar que se las considere como “malas madres”. Parte del atractivo que los hombres encuentran en las mujeres es la “actitud maternal”, que implica cuidado, asistencia, ponerse en el lugar del otro. Esta atribución de características *innatas* de la mujer para la crianza y, en general para ocupaciones de asistencia y cuidado, operan como supuestos

(discursos) acerca del género que están enraizados en los modelos explicativos del desarrollo femenino. A modo de estereotipos que luego se naturalizan (discursos científicos-representaciones sociales, etc.) se utilizan estos supuestos evolutivos para relacionar lo biológico con lo social proporcionando un terreno cultural en el que las ideas evolucionistas y biologicistas son repetidas y legitimadas en menoscabo de las diferencias entre los sujetos.

Otro ejemplo complementario a las expectativas con respecto a lo femenino y lo masculino lo constituye la denominada teoría del apego, en ella los logros evolutivos no son neutrales con respecto al género. De acuerdo a sus hipótesis la trayectoria del desarrollo se extiende desde la conducta de *apego*, como una cualidad ligada al estereotipo femenino, hasta un comportamiento de *desapego*, culturalmente considerado como una cualidad de lo masculino. En la infancia a los varones y a las mujeres se les enseñan lecciones muy distintas acerca de cómo deben conducirse y expresar las emociones. Por lo general se espera que las madres socialicen a sus hijas hacia la conexión y dependencia; en tanto a los hijos varones los orientan hacia la separación y la autonomía (Gilligan *et al.*, 1982)

La omisión de la categoría de género como una dimensión organizadora de la subjetividad está ligada a otro discurso de la psicología sobre la expresividad emocional. En general la emocionalidad ha sido típicamente asociada a lo femenino estableciendo el supuesto representacional de que ellas son más emotivas que los hombres (por ende, los hombres son más racionales). Especialmente las emociones de felicidad, tristeza y miedo son consideradas más femeninas mientras que el enojo es atribuido en mayor medida a los varones. Con respecto al enojo se asume que las mujeres encuentran más dificultad para expresarlo, en cambio se considera que para los varones es la emoción primaria con la que se sienten más cómodos, de hecho la mayoría de los estudios registra que los varones expresan conductas más agresivas que las mujeres (Birnbaum, Nosanchuck y Croll, 1980; Briton y Hall, 1995; Fabes y Martin, 1991; Grossman y Wood, 1993; Kelly y Hutson-Comeaux, 1999). En general la expectativa es que los hombres y las mujeres actúen emocionalmente de una determinada manera en distintas situaciones referidas a la vida pública y a la privada. A la mujer se le pide que exprese emociones positivas frente a situaciones sociales y a los hombres que lo hagan con más frecuencia en contextos personales. El discurso hegemónico sobre lo femenino y lo masculino y sus atribuciones emocionales influye de una manera fundamental en la estructuración de la subjetividad y está repleta de significados sociales y políticos (Paladino y Gorostiaga, 2004).

La mayoría de las investigaciones en psicología presuponen familias nucleares con roles adscriptos al género, el hombre mantiene económicamente el hogar y la mujer cuida de los hijos. Esta definición de la feminidad incluye a la maternidad como la realización última de las mujeres, sean madres o no. (Phoenix, 1991). Si se asume que la familia es una unidad social universal y básica y que la distribución de los recursos y de los roles está determinada dentro de esa institución de modo fijo y regulado, esos supuestos legitiman el mantenimiento de los roles tradicionales del género y de la edad. Por lo general, al ser representada socialmente como un entorno aséptico libre de conflictos, ignorando las relaciones de poder entre los miembros de la familia, al suponer que todos los miembros comparten los mismos intereses, se está eludiendo la complejidad y controversia de su dinámica en la constitución de la subjetividad.

Dado que son las madres más que los padres quienes están más tiempo en casa (supuestamente) las madres han sido los “sujetos” de investigación más convenientes. Sumado a ello el énfasis excesivo que se le ha otorgado a los primeros años de la crianza infantil da como resultado una insuficiente concepción de la “familia”, reducida a la interacción madre-hija, omitiendo la existencia de otros hijos y eludiendo considerar la categoría de padre y su implicación en la crianza de los hijos e hijas. La misma como objeto de estudio de la psicología evolutiva, ha sido incorporada tardíamente ya que la preocupación estaba centrada más en su ausencia que en su contribución al cuidado infantil.

Cabe señalar que el interés por la implicación paterna surge en parte por las modificaciones sociales ocurridas en los países industrializados: la incorporación de la mujer al trabajo asalariado, el mayor número de familias monoparentales y el aumento del desempleo entre los hombres. A pesar de ello aún son muy escasos los paradigmas teóricos y las investigaciones sobre la psicología de los cuidados paternales. Para avanzar en este campo quizás sea

necesario *deconstruir* las definiciones tradicionales sobre la familia, las relaciones entre los padres, las madres y los hijos, reconociendo nuevas formas de vivir y de hablar en familia.

Deconstruir tales categorías de la psicología del desarrollo significa identificar y evaluar las directrices o discursos que estructuran sus actuales versiones dominantes. Identificar, al decir de Burman y Parker (1994), sugiere una búsqueda activa de los modelos, mientras que la evaluación implica un proceso de comentario. Deconstruir es poner al descubierto los temas político-morales que elabora la Psicología Evolutiva y mirar más allá de los actuales sistemas dentro de los cuales se ha formulado la investigación para recoger las cuestiones más amplias a partir de las cuales estos temas encajan en las prácticas asociadas en las que la psicología opera.

UN PUNTO DE PARTIDA

La Psicología Evolutiva más que cualquier otro tipo de psicología tiene un poderoso impacto en nuestra vida cotidiana y en los modos de pensar acerca de nosotros mismos. Sus efectos son tan grandes que con frecuencia se trata de características casi imperceptibles y *dadas por supuesto* sobre nuestras expectativas acerca de nosotros mismos, los demás, los padres, las madres, los hijos y las familias. Han sido prácticamente naturalizadas y los colectivos sociales las reproducen sin romper la ilusión de transparencia que las sostienen – familias armoniosas, madres abnegadas, padres responsables, niños y niñas angelicales, etc.-. El modo de caracterizar el objeto de estudio de la psicología del desarrollo requiere examinar las relaciones de poder-saber que han posibilitado los regímenes de verdad de la misma revelando que las condiciones que han producido la mirada normatizadora sobre la infancia y la familia estaban vinculadas con las necesidades prácticas de la sociedad en un momento determinado (Walkerline, 1995). Las representaciones sociales, como dice Burman, se constituyen como una pantalla de proyección en la que se inscriben las concepciones sobre la naturaleza y su relación con la sociedad. Por ejemplo, la imagen del niño funciona como una figura prototípicamente moderna, donde el género, la cultura y la sexualidad serán vistos como características añadidas, en lugar de dimensiones centrales a la misma noción de infancia.

A lo largo del tiempo han ido cambiando las representaciones sociales a partir de lo que se considera “normal” de acuerdo a los ideales de la época y del desarrollo del pensamiento científico. Debido a que los niños están entre los objetos menos neutros de investigación, la psicología puede ser particularmente vulnerable a los esfuerzos de los investigadores empíricos para demostrar su comprensión subyacente de los temas. Las sociedades fijan ciertas expectativas sobre el curso del desarrollo “esperado” y mucho del esfuerzo de los investigadores está dedicado a probar empíricamente que personas que están en los límites de estas normas son considerados “diferentes o especiales”. De diversas formas la sociedad demanda que sus miembros se adapten a esa supuesta normalidad: primero se lo *impone* y luego se lo *propone*. Por ello no podemos considerar a la infancia, a las familias, a los padres, a las madres, a los hermanos, como algo “natural”, se tratan de construcciones de la cultura originadas y reproducidas por el discurso social predominante.

El campo de la psicología del desarrollo es una construcción moderna, occidental, que necesita revisar cómo la desigualdad y el tratamiento diferencial basados en la raza, la clase social, el género, la edad y la sexualidad, impregnan la estructura profunda de la práctica de la psicología evolutiva. Una praxis que contribuye al mantenimiento de la formación social de la cual surgió. Es imprescindible mirar más allá de las teorías para comprender el papel cultural y político que cumple la psicología académica. La misma participa tanto en la crianza como en la escuela, e interviene en el modo en que hablamos y reflexionamos sobre nuestros sentimientos y nuestro intelecto.

La investigación sobre el desarrollo se estructuró a partir de la ambivalencia fundamental referida a la dualidad entre la herencia y el ambiente que refleja la tensión entre la objetividad científica y la aplicación social. La psicología ha tendido a manejar esa tensión reprimiendo lo individual, lo emocional y omitiendo el género como una dimensión estructuradora del desarrollo. Generalmente lo que es designado como “natural” o de aparición espontánea resulta ser algo necesariamente construido.

Consideramos que una enriquecedora fuente de información para interpretar el desarrollo podría ser investigar los modos a través de los cuales adultos y chicos co-construyen juntos sus

experiencias emocionales y sociales adoptando la perspectiva de aportar conocimientos contruidos en el marco de prácticas sociales concretas. Debemos recorrer el camino de identificar y evaluar los discursos académicos dominantes que construyen las cuestiones que nos disciplinan y constituyen como sujetos. Comprender por qué ciertos significados tienen hegemonía lleva a investigar cómo pueden ser cambiados.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Burman, E. (1998). *La Deconstrucción de la Psicología Evolutiva*. Madrid: Visor, págs. 199-231.
- Fischer, A. (2000) *Gender and Emotions: Social psychological perspectives* Cambridge University Press.
- Foucault, M. (1985). *Saber y Verdad*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. (1972). *El orden del discurso*. Barcelona-Buenos Aires: Tusquets, 1992. 4a. edición, español.
- Gordo López, A.J. y Linaza; J.L. (ed.): *Psicologías, discursos y poder (PDP)*. Madrid: Visor.
- Gordo López, A. (2002). El estado actual de la psicología crítica. *Atenea Digital*, 1. Disponible en <http://blues.uab.es/athenea/num1/Mgordo.pdf>
- Hutson-Comeaux. Y Kelly. (2002). Gender stereotypes of emotional reactions: how we judge an emotion as valid? *Sex Roles*, 47-1-10.
- Kvale S. Postmodern psychology: A contradiction in terms? En: Kvale S, ed. *Psychology and postmodernism*. Londres: Sage; 1992. P.31-57.
- Kuebli, J., Butler, S., y Fivush, R., (1995). Mother-child talks about past events: Relations of maternal language and child gender over time. *Cognition and Emotion*, 9, 265-293.
- Lamas, Marta. (1995) "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género", en: *La Ventana, Revista de Estudios de género*, 1. Centro de Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara.
- Morss, J. R. (1992). Making Waves: Deconstruction and Developmental Psychology. *Theory and Psychology*, 2(4), 445-465.
- Paladino, C. y Gorostiaga, D. (2004): "Expresividad Emocional y Estereotipos de género". *Se Di Ci*.
- Paladino, C. y Gorostiaga, D. (2005): "Diferencias infantiles de género". *Revista electrónica del Colegio de Psicólogos La Plata*.
- Shields, S. (2000). Culture, gender and emotional beliefs. En Fischer, A. *Gender and Emotions*. Cambridge University Press.
- Urwin, C. , Henriquez, J., Hollway, W., Couze, V. y Walkerdine, V. (1984). *Changing the subject*. London y New York: Routledge, 1998. Caps. 4 y 6 (Urwin y Walkerdine).
- Walkerdine, V. (1995) "Psicología del desarrollo y pedagogía centrada en el niño: la inserción de Piaget en la educación temprana". En Larrosa. *Escuela poder y subjetivación* Madrid: La Piqueta, págs. 79-148.